

VIII

Velando el cadáver del *Lobo* queda la niña gentil de los cabellos rubios.

Los ojos del anciano, de par en par abiertos, están llenos de luz; la boca sonríe a la muerte.

Todo el rostro es bondad.

EL RETRATO DEL MAESTRO

El retrato del maestro.

I

Enfrontando con la italiana alcoba, suspendido sobre un diván aforrado en tapices árabes, triunfaba el retrato del maestro. Obra era de paleta maestra también; lienzo contra cuyo fondo de oscuros grises revivía, en línea y en espíritu, la brava cabeza del artista.

Los cabellos largos, salpicados de canas, doblábanse en rizo al tocar la frente para descubrirla en toda su amplitud. Aquella frente endoselaba dos ojos castaños, donde resplandecía el genio y fosfo-reaba la voluntad. Era la nariz aguileña, de cesaria-

na curvatura; fina y terca la boca; el mentón, corto, vuelto levemente hacia arriba, avanzaba sobre un cuello robusto, en el cual se abría una camisa desplanchada y se deshacía el lazo de una chalina azul.

Retrato que, en pasadas épocas, suplió ausencias y retardos del dueño en aquel gabinetito de poética intimidad, hoy sólo podía traer recuerdos; dulces recuerdos que la compañera del maestro evocaba con lágrimas en los ojos al despeinar sus rubios cabellos, desabrochar sus ropas de viudez, al caer, sollozante, sobre el lecho huérfano de amor.

Pareja envidiable formaron el artista y su esposa mientras aquél viviera. Supo ella perdonar sus faltas, reconocer la precisión de una existencia tumultuaria en aquel luchador, en aquel cantor de pasiones que, para contrastarlas, necesitaba chocar con ellas, entregarse a ellas, pasar de una en otra vibrando con cada una, devorándolas todas.

Sabía él también hacerse perdonar, que era como otro alguno amante, y como otro alguno ponía el cariño y el respeto de su compañera por encima de sus mayores extravíos y de sus más grandes locuras. Ella sabía esto; porque lo sabía, perdonaba.

Mientras vivió él, le siguió en sus mundanas fiestas, en la perpetua exhibición a que le obligaba su oficio. De su misma casa hizo franco, si bien honesto, carnaval. Muerto él, se retrajo. A tiempo que cayeron sobre su pelo de oro y sus carnes de ám-

bar los lutos, cayó entre ella y el mundo un infranqueable crespón.

Tenía, aunque modesto, sobrado caudal para entregarse al aislamiento. De él gozaba — que goce es padecer a solas — en el gabinetito, frente al retrato que pendía sobre el diván, dando rostro a la italiana alcoba, donde Ángela entraba, extinguiendo la luz de golpe, para coger entre sombras con sus brazos de diosa la sombra del que fué.

II

Constituía para Ángela única excepción en su retraído existir, Jaime, el discípulo predilecto del maestro, su hechura, su hijo espiritual, la encarnación viva de su genio. Suelen ser más parejos al padre y más agradecidos también los hijos estos del espíritu que los otros. Bien es verdad que en la creación de los primeros se pone toda el alma y se consumen años. En la de los segundos se cuenta por minutos el tiempo y hasta caben las distracciones. Sírvalles ello de disculpa.

Jaime había adorado en su maestro y era fiel devoto a su memoria. Aun después de hacerse, de independizarse, de adquirir personalidad, no padeció la ingratitud, no sintió la envidia. De vivo, le respetaba como a un Dios; como a una reliquia venerábale después de muerto.

Por tal razón fué Ángela pronta y fácil a recibirle. En el gabinete se reunían al mediar de la tarde y, frente al retrato del maestro, dialogaban hasta el crepúsculo, para recoger el adiós último que daba al retrato el Poniente, dibujando una corona de oro

en torno a la noble cabeza donde se retorció el rizo de los cabellos canos.

Sólo del muerto hablaban; sólo a reverdecer el laurel augusto de su gloria dedicaban sus diálogos. Era una oración doble, que iba pasando de los labios de uno a los del otro, para confundirse en el aire y subir como un incienso hacia el retrato.

Ufano debía sentirse el maestro de aquella diaria adoración. Ufano de los recuerdos que, al nombrarle, evocaba aquella hermosa mujer, de treinta y cinco años, que, puestos los ojos en el compañero perdido, dejaba ir por ellos lágrimas silenciosas. Ufano también debía estar de las sinceras gratitudes, de las admiraciones francas con que el discípulo enjoyecía su memoria.

Nadie fué más amado ni más respetado tampoco que lo era él por la compañera de su vida, por el hijo de su cerebro.

Cuando el rayo último del sol se apagaba sobre la cabeza del maestro, salía Jaime de la estancia, apretando fraternalmente, casi filialmente, con sus manos las de Ángela. Ésta le dejaba partir, con los ojos puestos en el que fué, y luego se remecía en el diván, paseando sus deditos temblones por la espléndida cabellera de oro.

III

Año y medio pasó. La fama de Jaime subió en aquel tiempo los peldaños últimos de la gloria. Su nombre, por todos ensalzado, igualaba al del maestro. El orgullo del triunfo relampagueaba en sus pupilas, resplandecía sobre su frente amplia, coronada por las negras ondas de su pelo rebelde.

Ángela, sin dejar los lutos, iba atenuando su rigor. Gasas violeta o lirio rompían las monotonías del negro, haciendo resaltar los oros de su pelo, los nácares de su garganta, el ámbar de su nuca, la nieve, teñida en rosa, de sus brazos. Sus diálogos con el artista vivo seguían siendo iguales; el respeto, la adoración por el que fué, tan grandes, tan profundos como siempre en los dos.

Pero, sin intervención de ellos, había más viveza, más placentero fraseo en sus conversaciones, más alegría en sus miradas. Aun lloraban los ojos de ella luego de ponerse en el retrato; sólo que era el llanto menos pronto en el salir, más tardas las manos en ocultar el rostro, más nervioso el andar de los dedos por la sedaña cabellera.

Jaime seguía evocando la memoria del maestro,

ensalzando sus éxitos; pero evocando los del maestro, refería los suyos y los hacía vibrar en los oídos de Ángela como un himno triunfal, como un cántico de victoria, que hallaba eco en el alma de la mujer.

No eran ellos: era la vida, que entraba despaciosamente, callada, traidoramente, en el gabinetito, con el aire de fuera, con los alientos primaverales que del jardín subían. El mismo sol era que, en su ocaso, luego de formar corona sobre los cabellos canos del maestro, descendía mimosamente por el lienzo, y resbalaba por el marco, y mariposeaba al largo del tabique y, posándose sobre el respaldo del diván, envolvía, reunía con un beso tibio de su luz, los cabellos rubios de la viuda y los negros cabellos del mozo.

La vida reclamaba su puesto en el gabinetito; en él quería ostentar su imperio la primavera triunfadora... Para conseguirlo metía por el gabinete los verdes brotes del ramaje, el vivo color de las flores, los suaves perfumes del jardín, las dulces caricias del aire, que pasaba y repasaba sobre aquellos dos seres con rumor perpetuo de idilio, con chasquidos de beso.

No hubo en ellos propósito, ni aun presentimiento, de que iba a ser.

Hablaban como siempre y de lo de siempre, media hora antes del ocaso del sol. Ángela reclinada

sobre el diván, con los ojos puestos en un capullo que se abría. Jaime inclinado hacia Ángela, con el mirar fijo en el áureo polvillo solar que se deshacía contra las columnas de la italiana alcoba.

Hubo un silencio, una pausa, que llenaron el aire con sus cuchicheos besadores, las flores con su esencia, el sol con sus rayos cernidos por la persiana verde.

Los ojos del hombre y de la mujer se encontraron; puestos los unos quedaron en los otros; la mujer retiró los suyos, sus mejillas enrojecieron, su alto seno tremó. El hombre cogió entre sus manos, por la curva de la muñecas, aquellos blancos brazos de diosa; desprendióse la mujer de él, pero fué para resbalar, desvanecida, cerrados los párpados y entreabierta la boca, en los cojines del diván.

El hombre, puesto en pie, la miraba.

De ella, subieron hacia el maestro los ojos del discípulo. El maestro sonreía con tranquila bondad.

—La vida no se detiene— parecía decir al joven con sus finos labios entreabiertos por la sonrisa—. La muerte no puede ser estorbo de la vida. Amad y vivid.

Y amaron y vivieron, al brillo último del crepúsculo, que, desdibujando románticamente sus imágenes, dejó al maestro en la sombra.

EL SINO